

LA CRÓNICA

# La Villa terrenal

ARCADI ESPADA

Sorprendentemente, nadie ha escrito todavía ese libro sobre la Villa Olímpica. Era relativamente sencillo: se trataba de traducir el divertidísimo esquema que Peter Mayle aplicó al relato de su instalación en la Provenza. Ya lleva dos volúmenes el inglés: con extrema habilidad, Mayle hace girar la rueda dentada del *best seller* engrasándola con la ironía y la perplejidad característica del insular en trance de observación de los asuntos del mundo. Hay mucho escritor y mucho periodista en la Villa. Creo que la descripción de sus peripecias, del lento andar de la vida, tendría interés literario. Y documental. Y ciudadano. No se ha hecho. Tal vez Andreu Martín, novelista negro y vecino, esté esperando el primer suceso misterioso para arrancar. Necesitaríamos sobre algo como lo de Mayle, insisto: leve, en apariencia, desbordante de humor, con algún pellicazo sentimental y una invitación cortés a la meditación sobre los afanes y movimientos del hombre.

Este fin de semana celebra la Villa su primera fiesta mayor. Los más dinámicos de los vecinos tratan de que la conciencia de barrio prenda rápidamente. Han pasado ya dos años desde que los primeros habitantes —los atletas— ocuparon los edificios. Y han pasado muchas cosas. La primera es la gente. La Villa reúne, especialmente en verano y los fines de semana, la más alta densidad humana de Barcelona. La Villa es usada. Las ciudades están para eso: nada que objetar. Sin embargo, es indiscutible que el ambiente general del Puerto Olímpico dista mucho de ser el de aquella Babilonia irónica del primer verano civil. Supongo que ha sido inevitable. Pero incluso

el espíritu más promiscuo ha de reconocer que allí han dejado instalarse demasiados bares y que la convivencia entre coches aparcados —qué absurdo parking idearon—, terrazas y paseantes se hace muchas noches imposible. Fuera del puerto, frente a las playas de la Mar Bella y el Bogatell, los chiringuitos —con la excepción del educado Escribà— han ido perdiendo su primera fisonomía y algunos infringen una severa derrota al espacio del paseo —arenoso, proclive a la suciedad— extendiendo muy abusivamente sus mesas. A la zona, en fin, la amenazan el sudor y la fritanga, dos de los más nítidos males de la civilización. Aunque, desde luego, mi opinión sobre semejantes emulsiones nada tiene que ver con la opinión general, amante del pastoso rebozado, tanto en los calamares como en la multitud.

## El mantenimiento

Las avalanchas están creando, de todos modos, otro tipo de problemas. A la sede del distrito llegan cartas de vecinos irritados que consideran que el Ayuntamiento ha desistido del mantenimiento de los espacios públicos. Parterres desolados, restos de la alegría báquica, huellas, en fin, de la ciudadanía desatenta —que al fin y al cabo pasa, pero no vive en el barrio— conforman la imagen común de los lunes en la Villa. En un cierto sentido, se ha convertido en un barrio más: esto es, en un barrio donde la mano municipal no discrimina en positivo. El año anterior, la Villa era cuidada como la niña de los ojos municipales. Eso ha cambiado. Pero sigue siendo un lugar singular: un barrio ocupa-



SILVIA T. COLMENERO

El puerto Olímpico: multitudes rebozadas.

do por la fiesta y el ocio masivos y debería seguir siendo un emblema de la nueva urbanidad. Ni las gentes —desatadas— ni los concejales —lentos de reflejos o cortos de presupuesto— parecen entenderlo así. Por lo demás, el barrio presenta rasgos generalizables a otros de la ciudad: el surtidor no funciona y las luces de la Via Icària —centrales y necesarias— están siempre apagadas. El comercio —bares aparte— sigue remiso. Todavía no es posible atender allí a todas las necesidades básicas. Apenas un pequeño supermercado, dos panaderías, un bien surtido quiosco y el

Sogo, que atrae en época de rebajas y que fuera de ella debe de vivir de los clientes del Arts. El hotel va bien de forasteros y está propiciando un fenómeno insólito: que los perezosos habitantes de la alta metrópoli crucen la Diagonal para divertirse.

El paisaje moral de la fiesta mayor que hoy acaba presenta así rasgos dubitativos. Es lo propio de las ciudades: amados lugares de la contradicción y el conflicto. El mito —Icària, Babilonia— se desvanece y estamos, probablemente, en la hora fundacional de la razón. En la hora de un cierto orden, que ya no puede ser espontáneo.